

REINA VICTORIA: "La soltera rebelde", comedia de Ruiz Iriarte.

Si el teatro exige la visión artística de la peripecia humana, cuesta trabajo clasificar dentro del teatro lo que vimos anoche en el escenario del Reina Victoria. El autor de "La soltera rebelde" se ha propuesto un solo fin: divertir al público, sin que en la elección de medios escrupulice para cuanto se refiere a la verosimilitud argumental, al estudio de caracteres, a la naturalidad del movimiento escénico y al encadenamiento de las situaciones. Sobre una trama inconsistente, con tipos sin personalidad, de esos que reaccionan según las particulares conveniencias del autor, escribe un diálogo fino e ingenioso, con esa mezcla de cinismo y sentimentalismo que desde hace años se utiliza en la farmacopea teatral española para obtener efectos infalibles. En lo que antes se llamaba teatro, el diálogo servía a la acción; aquí ocurre lo contrario: la acción sirve al diálogo; y ya se puede suponer cómo se deslizará aquella cuando éste busca el chiste contra viento y marea. Diríase que Ruiz Iriarte empieza por reunir una antología de gracias y dichos más o menos ocurrentes; y así que ha completado su colección de "gags", le aplica los personajes, las situaciones y el argumento que le vayan mejor, haciendo caso omiso de las normas de la preceptiva escénica.



Víctor Ruiz Iriarte

Lupe, una solterona de provincias, se aviene a la boda con cierto señor madrileño, viudo y con dos hijos mozos. La víspera de la boda rompe Lupe el compromiso... porque él la besó o quiso besarla. El horror de este beso casi conyugal suscita en Lupe el amortecido horror por los besos enteramente paternales que cuando niña recibía de don Fabián, el administrador de la casa. Convencida las sobrinas de que padece un complejo freudiano, la recatada Lupe decide en el acto probar suerte para liberarse del complejo y ofrece sus labios... al organista que iba a actuar en la boda. Nuevo horror ante la apenas intentada experiencia. Lupe desaparece de la casa, se aloja durante ocho días en un lujoso hotel y se lanza sola a la aventura, de día y de noche, por las calles, los cines y los bares de Madrid, en busca de alguien que quiera besarla. Y ya ven ustedes lo que son las cosas: no lo encuentra. Después de arrojar esta sospecha sobre la acreditada acometividad de los madrileños, Lupe vuelve al hogar, adonde también ha vuelto el organista. Prosigue la pesquisa de la solterona, hasta que llega el beso del organista, con un fondo de Mendelssohn. Y he aquí que Lupe descubre que ese beso es su único pecado y decide tornar a la provincia, no sin antes hacer todo lo posible porque sus sobrinas deterioren la santidad del hogar besándose con sus novios ante todos los espectadores del Reina Victoria.

Esta verdadera y casi zarzuelera leyenda del beso—aunque sin la amenidad de la música—se enriquece con incidentes y episodios que en nada se relacionan con el hilo argumental de la comedia, pero que brotan a la vida como esos flotadores de los bañistas temerosos de ahogarse.

Y esto es todo. Ya dijimos antes que lo único que sobrevive en la comedia es la ocurrencia, la frase divertida, el comentario oportuno; ello espolvorea el diálogo en forma bastante eficaz para provocar frecuentemente la risa del espectador.

LA INTERPRETACIÓN

Difícil parece encarnar el papel de una mujer que, en el mismo momento en que deshace su boda por miedo de un beso, pide otro al primer desconocido. Esta misma inverosimilitud se suma a lo forzado de las situaciones para colmar de asperezas un papel que Tina Gascó defendió con su habitual talento. Rosa Lacasa demostró demasiada rigidez como hermana frívola. Muy bien Casaravilla, como en él es costumbre, y a no menor altura Manuel Arbó, en un tipo breve y no fácil. Un elogio especial para Victoria Rodríguez, encantadora, graciosa y muy humana en su interpretación de la coqueta Maty. Los demás completaron el buen conjunto y acrecentaron todos con su esfuerzo la excelente dirección de la compañía.

EL PÚBLICO

Los espectadores rieron mucho las ingeniosidades de la obra, aplaudieron varios mutis—una vez con mucha justicia, a Casaravilla—y reclamaron la presencia del autor al final de los tres actos.—V. FERNANDEZ ASIS.